

lógicas con relación al medio físico. El medio modifica las especies, las razas, los agregados sociales, los individuos; toda raza ó grupo social que no se adapta al medio sucumbe en la lucha por la vida.

Si la naturaleza es rica, la producción de las subsistencias es fácil y basta poco trabajo para vivir; si es pobre, requiérese desplegar mucha actividad y la selección vital es más intensa. Podría formularse lo siguiente: la actividad ó pereza de una raza está en razón directa del esfuerzo requerido para producir los medios de subsistencia. Tal ley es absoluta. Una raza perezosa sucumbe inevitablemente en un ambiente de difícil explotación, á menos que se convierta en laboriosa por supervivencia de los más aptos, de los más activos, transmitiendo éstos hereditariamente su actividad, como carácter psicológico adquirido en la lucha por la vida.

«Es un clima húmedo y frío como la Galia, la Germania, la Inglaterra, la América del Norte; el hombre come demasiado: necesita casas más sólidas y mejor cerradas, trajes más calientes y espesos, más fuego y más luz, más abrigo, víveres, instrumentos é industrias. Se hace necesariamente industrial, y como sus exigencias aumentan con sus satisfacciones, encamina tres cuartas partes de su esfuerzo hacia la adquisición del bienestar» (1). Luego es la conquista de las subsisten-

(1) Taine: *La Sculpture en Grèce*, pág. 159 y sig.

cias la que obliga á los pueblos á ser trabajadores, de igual manera que su superabundancia los inclina á la pereza.

Veamos en qué condiciones se emancipa el hombre del trabajo y surge la posibilidad del ocio.

En la fase primitiva del trabajo social, cuando la capacidad productiva del hombre es pobre, el individuo apenas produce lo necesario para la subsistencia personal; la pereza es imposible; no pescar, no cazar, no depredar, equivale á sucumbir en la lucha por la vida, que en ese período presentase en las mismas condiciones que entre las demás especies biológicas. Pero el fenómeno característico de la evolución humana es la aparición de un ambiente económico artificial—el desarrollo de la capacidad productiva y del instrumento de trabajo—; cuando esa capacidad aumenta, superando el producto individual á la necesidad individual, aparece la posibilidad de que algunos vivan sin producir, aprovechando el exceso de producción individual de los demás: ese es el origen de la división de la sociedad en castas ó clases, quedando las inferiores sujetas á la tarea de trabajar, mientras las superiores se posesionan del poder político, organizan las instituciones religiosas, cultivan las artes, etc., constituyendo la «superestructura» del agregado social sobre la base de las condiciones económicas de producción y repartición de la riqueza.

Ese desenvolvimiento económico de la capacidad productiva, permitiendo que algunos individuos sean redimidos del trabajo, determina la inactividad, el ocio, cuya representación psicológica es la pereza. Reducir á su minimum el trabajo necesario para vivir, es toda la historia de la evolución humana, la historia de la civilización, pues una y otra son epifenómenos de la historia del perfeccionamiento productivo.

Decimos, pues, que gracias al utilaje económico, el desarrollo de la capacidad productiva individual permite redimir progresivamente al hombre del trabajo. La fórmula sociológica de la pereza hispano-americana es necesariamente ésta: *la riqueza del ambiente natural, en relación con el desarrollo de los sistemas productivos, determina una capacidad de producción tal, que basta «poco» trabajo para obtener «muchas» subsistencias.* De allí nace nuestro «derecho á la pereza».

Cuando el agregado social no está aún dividido en clases, la pereza es colectiva: todos trabajan poco para vivir; cuando aparece la división en clases la pereza se localiza en las clases poseedoras de la tierra y los instrumentos de producción; los productores trabajan mucho para obtener su propia subsistencia y la de aquellos que no trabajan en la producción. Estos, á su vez, pueden ejercer funciones de simbiosis ó convertirse en parásitos, según desempeñen funciones de utilidad

social ó se limiten á usufructuar las ventajas del sistema económico.

Si no existiera *exuberancia de capacidad productiva*, la lucha por la vida haría desaparecer á los inactivos, triturados bajo el engranaje sin escape de la selección. Esta verdad, en sociología, tiene valor axiomático. Aquí es donde mejor se observa que los fenómenos económicos no son, en última instancia, nada más que una forma superior y compleja de simples relaciones biológicas.

En suma, para concretar nuestra crítica á la interpretación étnica que da Bunge de la pereza hispano-americana, diremos sintéticamente su fórmula y la nuestra.

Dice Bunge: herencia psicológica por fusión de elementos étnicos que ya poseen el hábito de la pereza.

Respondemos: el ambiente natural produce muchas subsistencias con poco trabajo y determina la posibilidad del ocio, cuya representación psicológica en el carácter de la raza es la pereza colectiva; si la pereza colectiva preexiste en las razas colonizadoras, su persistencia está directamente subordinada á las condiciones mesológicas enunciadas.

Ese es el origen de la pereza colectiva respecto de la capacidad de producción.

Veamos sus manifestaciones respecto de la capacidad de consumo.

Las necesidades de las razas inferiores son escasas; la actividad reduce a vivir, sin tener las que podríamos titular «necesidades superfluas», fruto de la civilización y patrimonio de las razas superiores. El ocio de éstas es entretenido; el de aquéllas, inerte. Bunge intuye acertadamente este fenómeno; la pereza europea es *derroche* de actividad, mientras la nuestra es una simple *falta* de actividad. El autor ilustra el hecho con el siguiente episodio y su respectivo comentario. «A un gaucho que pasaba los días «sesteando» y jugando las noches, exhortóle Darwin, de viaje por la Confederación Argentina, á que emplease mejor su tiempo, á que trabajase... Y el gaucho contestó: ¡Es tan *largo* el día! He ahí una contestación bien típica. Equivale á decir: Dejemos todo para mañana, para la semana que viene, para más adelante; tiempo me sobra... Un vividor europeo hubiese contestado lo contrario: ¡Es tan *corto* el día!... es tan corta la juventud, tan corta la vida, que hay que aprovecharla, divirtiéndose cuando se pueda. Aquél no trabaja porque el día es demasiado largo; éste porque es demasiado corto. El uno está enfermo de pereza *total*; el otro, si no obra es por pereza *parcial*, por no querer desgastar sus fuerzas sino en placeres... El uno porque carece de actividad; el otro porque quiere dar otro empleo á su actividad».

El verdadero problema sociológico de la pereza

colectiva podría plantearse á la inversa. Descartando la parte de finísima ironía contenida en el folleto de Lafargue titulado «El derecho á la pereza», conviene recordar las ideas expuestas por este sociólogo. El trabajo es una necesidad: á medida que se perfecciona aumenta su capacidad productiva, bastando un «trabajo necesario» cada vez menor para proveer á la subsistencia; la civilización tiende á emancipar al hombre del trabajo, dándole el «derecho á la pereza». La pereza es, pues, un derecho; emancipa del trabajo necesario, crea la posibilidad de ocupar la actividad humana en trabajos no indispensables: científicos, artísticos, éticos, etc., y la civilización convierte progresivamente en necesario para el hombre evolucionado lo que fué superfluo para el primitivo.

En suma: la pereza es el índice psicológico de un estado sociológico caracterizado por exuberante capacidad productiva; ya sea por exceso de riqueza natural, ya por refinamientos de los medios de producción.

Todo esto no impide reconocer que la pereza europea es preferible á la hispano-americana; la primera es propia de pueblos más evolucionados y la segunda es característica de los atrasados, de los que tienen pocas superfluidades necesarias. Pero ¿qué hacer? El sociólogo no arregla la sociedad; sólo puede señalar las modalidades de sus fenómenos y suponer las tendencias de sus evoluciones

futuras. Modificarlas, nunca; sería modificar su determinismo, debido á una causalidad compleja que escapa á nuestra intelección. Los hombres no hacen la historia, no guían la evolución social: la conocen ó la ignoran. Nada más.

Surge aquí otra objeción. Bunge—y le acompañan muchos buenos sociólogos en semejante ilusión—cree que los sudamericanos, por simple deseo, podrán modificar su carácter ó crearse uno si no lo

31. El prejuicio librearbitrista inspira estos deseos, tan loables como se quiera, mas, en suma, verdaderas inocentadas cuando pretenden ser terapéutica para los males del agregado social. Idéntico error obliga á sonreír ante las apresuradas panaceas de los socialistas, católicos y anarquistas, anegados en proyectos líricos que violan el curso de la evolución social.

Así como el hombre no es libre en sus actos, no lo es ningún agregado social. Somos como somos, actuamos como actuamos y por nada ni por nadie podríamos ser, actuar ó pensar de distinta manera. La simpática candidez de todos los terapeutas de sociedades enfermas no encuadra en la sociología determinista.

Un complicadísimo engranaje de causas determinantes que no podemos eludir ni modificar, pues preexisten, anima la evolución sociológica de los agregados sociales. La «europeización» no es, en nuestro concepto, un deseo, como para Bunge; es

un hecho inevitable, que se produciría aunque todos los hispano-americanos quisieran impedirlo. Nace de causas determinantes que ya existen, ajenas á nuestro deseo: por una ley sociológica inevitable los agregados sociales más evolucionados se sobreponen á los menos evolucionados, toda vez que consiguen adaptarse al ambiente en que se plantea la lucha entre ambos.

Nos europeizaremos oportunamente, como lo preveía Sarmiento: «¿Qué le queda á esta América para seguir los destinos prósperos y libres de la otra? Nivelarse; y ya lo hace con las otras razas europeas, corrigiendo la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la edad media» (II, pág. 414). Agreguemos que, en ciertos países y regiones de Sud América, la europeización es ya un hecho realizado, sobreponiéndose la economía y la cultura modernas á la herencia medieval que nos legara el coloniaje español. Y el fenómeno se irá extendiendo inevitablemente; la sociología puede afirmar esa futura transformación de la América latina.

III

LA POLÍTICA HISPANO-AMERICANA

En el estudio crítico de la «política hispano americana» óyese el ritmo de una verba fustigante, de temple altivo, sana y libre. Tiene chasquido de cilicio cruzado con mano resuelta sobre la desnudez vergonzosa de nuestra espalda política, sangrante por lacras innúmeras. La palabra de Bunge, en el segundo libro de *Nuestra América*, tiene resplandores de apostolado tribunicio y á menudo la simpática virilidad de las saludables inyectivas. Pulido el estilo y afinada la ironía, tendríamos un recomendable modelo de enquiridión político.

Tal la intención; bien la acompaña el gesto. Bunge describe manejando rica paleta de colorista: en la doble fusta que esgrime pende una trenza de Juvenal y otra de Bakounine. La juvenálica se exhibe en misantropías retóricas, nacidas de un espíritu amargado por la degradación política de los conciudadanos; tiene en la de Bakou-

nine implacable panofobia, que nada excluye de la hecatombe, ni hombres, ni instituciones.

Este elogio, sin restricciones para el libro le propaganda política, es reticente para la interpretación sociológica del sistema caciquista. Bunge desconoce las causas primeras de la política enferma que pinta con mano experta, como suelen ignorarlas nuestros llamados historiadores. Sólo Sarmiento—siempre El—las entrevió, sin definir las, pues su intuición no llegó á concretarse en ninguna fórmula sociológica; si para su época habría sido una exigencia precoz, en nuestros días es una razonable pretensión de la crítica.

Veamos, por de pronto, cómo plantea Bunge el problema según las premisas de la parte precedente. Los caracteres psicológicos que atribuye á los hispano-americanos debían—con fatalidad lógica—arrastrarle á una explicación deficiente del fenómeno de patología política representado por el régimen caciquista, que tan brillantemente describe.

..

Poniendo la *pereza* como rasgo fundamental del carácter criollo, era inevitable atribuir el sistema á una *pereza colectiva*. La turba de indolentes permite descollar al más activo: una verdadera delegación de autoridad; el más activo es el más apto: temido por unos y querido por otros. La

sociedad caciquista suele acompañar á quien mejor se impone, deslumbrándola con supuestas ó superficiales virtudes. Si el feudalismo fué un régimen regular, el cacicato es una entidad caprichosa y variable. El «régimen cacical» es un engranaje de cacicatos, superposición de feudos, federación de clases; del engranaje resulta la irresponsabilidad individual de cada cacique por sus actos públicos, irresponsabilidad cimentada por la inconstitucionalidad de tales funcionarios.

La autoridad del cacique es el eje mismo de la horda; los cacicatos no se instituyen por *ideas*, sino por *personas*. Los partidos caciquistas son siempre personales. No hay liberales, ni conservadores, ni moderados, ni libre-cambistas, ni demócratas, ni republicanos; hay partidarios personales de hombres conceptuados indispensables ó providenciales. La conclusión es que el éxito político estriba en saberse enfeudar en un cacicazgo.

Bunge llama, pues, *política criolla* á la actividad de los caciques hispano-americanos. Esa política—observa—es infidente, enmascarada por frases sonoras; el cacique no cesariza: romaniza. Nunca dará el frente á la opinión, ni la espalda; la toma de costado y la espía de reojo. El parlamentarismo es una ficción dentro de la política caciquista. No hay ideales: las gentes sin ideas los tienen en el vientre. La pereza induce á rehuir la lucha: transar es fácil, sacando un buen bocado,

se entiende. Por la inercia colectiva el caciquismo es sinónimo de paz, casi de patriarcado; por anomalía hay caciquismos sangrientos. Las reacciones de opinión son convulsivas, fugaces, creando ese género de revoluciones que no dejan huella, que tienen el impetuoso é imprevisor automatismo del ataque epiléptico.

Como sistema, el caciquismo no es necesariamente retrógrado y tumultuario; caciquismo no es anarquía, es pereza. Dos rasgos lo tipifican: es consuetudinario y es tácito. Arraiga en la costumbre y es consensual: no está en las leyes, sino en el espíritu indolente de los sometidos. Los hay—es claro—grandes y pequeños, tiranuelos ó piratas de aldea ó provincia, al lado de otros ya expandidos, déspotas de pueblos que alcanzan influencia internacional; los grandes imponen vasallaje á los pequeños ó los destruyen.

La historia de todos los grandes caciques americanos, divídela Bunge en tres períodos bien caracterizados. En el primero se produce el encumbramiento: es el período de fascinación, toda una conquista por la hipocresía: los súbditos piden un cacique, el más hábil gana la plaza mediante el talento de la oportunidad. En el segundo período se consolida el encubrimiento por medio de arbitrariedades: defraudadas todas las promesas, la violencia apuntala la tiranía y llega al Terror. Si una reacción estertorosa no interrumpe

la carrera del cacique, éste llega al tercer período: el gobierno pacífico, un plácido estancamiento de aguas. Después viene la muerte ó la derrota y la expatriación, cuando no la apoteosis.

He ahí, en síntesis, el cuadro esbozado por Bunge; esta página descriptiva es magnífica; parece que hasta ahora nadie ha pintado mejor la política caciquista. En sus líneas generales tiene el valor de un documento histórico; fuera maldadosa la crítica que penetrara los meandros del detalle por el simple prurito de señalar accidentes que nada quitan á la belleza descriptiva del capítulo y al valiente gesto con que Bunge ha sabido enfestar contra un sistema de corrupciones y de renunciamentos, que es la continuación en América de las costumbres políticas españolas.

..

La honestidad crítica impone decir las discordancias tan abiertamente como el elogio merecido. Las causas que Bunge considera determinantes del «caciquismo» nos parecen erróneas.

La pereza—y sus tributarias la tristeza y la arrogancia—no es una causa primordial, como Bunge afirma, sino una manifestación psicológica germinada sobre el humus fundamental de la evolución sociológica: las modalidades y transformaciones del ambiente económico. La pereza es un

fenómeno secundario de nuestra psicología, como el caciquismo lo es de nuestra política. No dependen el uno del otro; ambos están subordinados al fenómeno primario: el económico.

Ese es el hecho esencial para la vida y la evolución de un agregado humano, pues sólo es el perfeccionamiento del fenómeno biológico al pasar del orden orgánico al social. Consideramos que la interpretación económica de la historia es hija del más puro evolucionismo darwiniano; si volvemos á estas especulaciones será para analizar la filiación biológica de la sociología económica, que no ha preocupado á los partidarios del economismo histórico.

LA ANARQUIA ARGENTINA Y EL
CAUDILLISMO (1)

- I.—*Para una crítica de la sociología argentina.*
- II.—*Los orígenes del caudillismo argentino.*
- III.—*El ambiente y los caracteres del caudillismo.*
- IV.—*La evolución del caudillismo.*
- V.—*Evolución de la política argentina.*

(1) Publicado en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, 1904.

Cuando la crítica es simple glosa, run iación pausada ó comentario ágil del trabajo cerebral de los demás, sin que las propias vertientes alleguen concurso alguno á la amplificación del cauce, sólo ocupa un bajo peldaño en la escala de la intelectualidad. Peor juicio merecen las agresiones de los malignos, entregados á despulir superficialmente la obra ajena, como el orín al metal, confundiendo su esfuerzo de obscura polilla con la saneadora trepanación de la crítica verdadera. Si aquella es amorfa y la segunda estéril, existe una tercera forma decididamente nociva: las laudatorias de complaciente camaradería, que enmohecen los engranajes del talento verdadero é inflan en desbordante marea la vanidad del mediocre. No valdría la pena ensayar la simple crónica bibliográfica del libro ajeno; no es crítica. Ni tampoco embicar la proca contra los ajenos merecimientos, como si empañando los resplandores del vecino pudiera encarecerse el brillo que irradian las propias

presunciones. Menos podría untar de miel hime-
ta los golosos labios del escritor puerpero, encu-
briendo en cada galantería la esperanza de que
alguna vez rebote el elogio sobre el propio en-
gendro.

En el proceso evolutivo de la ciencia—en todas
sus ramas—la crítica puede realizar más nobles
funciones, constituyendo un eximio resorte de tra-
bajo científico. Todos los conocimientos humanos
son inestables, rara vez definitivos; la verdad cien-
tífica es siempre una «verdad actual», relativa
á los conocimientos propios de la hora en que se
formula; está en constante evolución. Su proceso
genético, por excelencia, es la *integración crítica*
del saber.

Valen para la sociología esas consideraciones.
Por ende, la función de la crítica, aplicada al pre-
sente caso, consiste en cooperar al conocimiento
progresivo de los fenómenos sociológicos, en su
génesis, sus leyes y su evolución. Con ese crite-
rio, ponderando las doctrinas y enfrentándolas
con el propio pensar, la crítica favorece el devenir
de la materia analizada, ofreciendo ocasión para
enunciar las propias vistas, no siempre concordantes
con las del texto criticado.

La interpretación sociológica de los sucesos his-
tóricos, sencilla á primera vista, complécase al pro-
fundizarlos, y sólo después de una laboriosa inte-
lección recupera su primitiva claridad.

Ocurre lo mismo en todos los conocimientos
fundados en la observación. Imaginaos un viaje-
ro que se aproxima á una ciudad. A la distancia
puede abarcarla en una sola mirada y tener de
ella una visión global, vagamente fidedigna. Cuan-
do penetra en la ciudad misma descubre innume-
rables hechos no sospechados á la distancia, aus-
culta la vida de sus pobladores, mide la riqueza
de sus industrias, escruta el detalle, analiza el
movimiento complejo de sus entrañas; pero ha
perdido la noción exacta del conjunto. Cuando el
viajero se aleja, después de conocer los meandros
de la ciudad, la visión global se rehace; ya no es
la incierta intuición apriorista, árida é infecunda
para el saber, sino la *precisa interpretación* de
un todo cuyos elementos constitutivos conocemos
en particular.

Iguals impresiones recogemos al estudiar nues-
tra evolución social, cuando perseguimos, á través
de las «historias», el concepto superior de su «filo-
sofía de la historia», observando la formación em-
brionaria y lenta de la sociedad argentina. El co-
nocimiento de los fenómenos sociológicos atravie-
sa etapas semejantes.

Hegel pretendía que las evoluciones de la vida
social podían considerarse una perpetua sucesión
de la tesis, la antítesis y la síntesis; Comte for-
muló más tarde su ley de los tres estados, refirién-
dola no sólo á las edades de la evolución huma-
na.

na—teológica, metafísica y científica—, sino también al caso particular de la evolución del conocimiento. Sin embargo, es Renán quien ha definido con mayor claridad y precisión este concepto fundamental de la metodología científica: el conocimiento humano, aplicado á un fenómeno cualquiera, sencillo ó complejo, reviste tres fases bien definidas: sincretismo, análisis y síntesis (1).

Es propia del sincretismo una visión general y confusa del conjunto; tras su aparente sencillez reinan la obscuridad y la incertidumbre. Todo es indistinto, uniformemente indefinido; es sincrético la visión del poeta, la intuición del metafísico, la adivinación del sacerdote; pero vano sería buscar conocimientos científicos allí donde el empirismo preside toda la interpretación. El análisis permite el examen distinto y preciso de las partes; pero su precio es la pérdida de la sensación global. Cada fenómeno adquiere contornos y modalidades propias, actividades netamente definidas que no se hubieran sospechado en el período sincrético: «en el mundo visto antes, se descubren mil mundos». Es necesario el estudio particularizado, labor frecuentemente dolorosa, pues en el análisis aparecen los violentos choques de interpretación, recíproco pulimento de las tendencias antagónicas ó contradictorias. Si el análisis careciese de función ulterior, fuera menguado cultivar-

(1) *L'Avenir de la Science*, cap XVI.

lo; para el conocimiento general de los fenómenos, el análisis resulta más deficiente que el sincretismo primitivo. ¿De qué valdría la paciente labor de tantos desmenuzadores, de tantos implacables porteros del saber, si no pudiéramos sobreponernos á su tarea, recuperando la intuición sintética del conjunto? El análisis no crea, incuba. La ignorante síntesis primitiva es más útil para el hombre que el análisis no reconstruido; la primera da fuerza instintiva, el segundo inhibe esa fuerza. Sólo en la síntesis consiguiente al análisis encontramos la fuerza vigorosa y fecunda. Por eso en la mentalidad equilibrada «el análisis sólo se produce para dar materiales convenientemente preparados á la síntesis», según demostró Paulhan (1) recientemente.

Volviendo á la generosa fuente de Renán, recordemos la comparación de que solía usar á menudo. Tomemos—decía—una masa homogénea de cáñamo y dividámosla en distintos cabos; la masa representa el sincretismo, en el cual todos los instintos existen confusamente, y los cabos representan el análisis. Si en seguida trenzamos esos cabos para formar una cuerda, tendremos la síntesis; ésta difiere del sincretismo primitivo, pues los cabos individuales permanecen distintos, aunque forman entre todos una unidad.

(1) *Analyses et esprits synthétiques*, pág. 186, París, 1903.

De Roberty (1), en su libro recientísimo, estudia «los modos esenciales del pensamiento sociológico»; establece que las manifestaciones sociales del saber siguen cierto orden estrictamente determinado. Primero se encuentra el modo analítico é hipotético, que crea la ciencia (el conocimiento particular); en seguida surge el modo sintético y apodictico, generador de la filosofía (la creencia general). En la filosofía se inspira el modo sincrético y simbólico, propio del arte (el gusto y la invención estéticas). Sobre esos tres modos se erige, como resultante, el modo práctico y teleológico del pensamiento social: la acción (el trabajo y la conducta).

Este concepto es menos claro que el de Renán; complica la evolución del pensamiento científico con el arte, la filosofía (como creencia) y la acción, sin que de ello resulte beneficio alguno para inteligir el fenómeno estudiado.

Aplicando el concepto de Renán á la formación del pensamiento sociológico argentino, podría interpretarse el valor general y la posición científica de nuestra literatura histórica, puesto que la historia, como demuestra Seignobos (2), es el único material de estudio para las ciencias sociales.

(1) *Nouveau programme de Sociologie*, parte II, París, 1904.

(2) *La méthode historique appliquée aux faits sociaux*, París, 1903.

En el primer período del sincretismo, las nociones acerca de la evolución social argentina son empíricas y confusas, carecen de sistematización sociológica. Encontramos algunos libros de viajeros relativos á la época del coloniaje, la documentación oficial de la colonia. «Actas» y «Archivos» diversos, el periodismo argentino de todo el siglo pasado, las estadísticas oficiales y privadas, etc., etcétera, hasta los relatos históricos de Mitre, Estrada, Paz, López, Saldías, etc.

En el período analítico se concretan y aclaran muchos problemas particulares anteriormente indefinidos: permanecían velados bajo apariencias sencillas y falsas, no eran entrevistados ó formulados por los historiadores. Se prepara el buen material para nuestras síntesis sociológicas futuras: surge la monografía, ganando en intensidad lo perdido en extensión. Ya es un estudio unilateral de ciertos factores de nuestra evolución en un período histórico dado (la economía del coloniaje, estudiada por J. A. García), ya un aspecto del alma colectiva á través de toda la historia (las multitudes argentinas, descritas por Ramos Mexía), ya un momento político determinado (la anarquía argentina, por Avarragaray), ya un fenómeno histórico injertado en el curso de nuestra evolución (el imperio jesuítico, por Lugones), ya la biografía de un personaje representativo, estudiado con relación á su medio y su momento histórico (Fa-

cundo, por Sarmiento; Liniers, por Groussac), ya una modalidad de nuestras costumbres políticas (Patología política, por Alvarez; Nuestra América, por Bunge); y otros que fuera largo enumerar. Agréguese á este grupo los numerosos trabajos etnológicos, arqueológicos, estadísticos, financieros, y las monografías de otras ciencias afines que pueden aportar algún contingente á la constitución de la sociología argentina.

Como trabajo sintético general poseemos un ensayo inconcluso de Sarmiento (Conflicto y armonías de las razas en América), cuyo primer tomo, para la época en que fué escrito, significa el más alto esfuerzo en pro de la sociología argentina. Fuera de ese ensayo, genialmente prematuro, y de las ineficaces tentativas de Echeverría, Alberdi, Lastarria, Samper y Bilbao, aun estamos á la espera de una filosofía de la historia americana y argentina. En algunas de las obras enumeradas se ensayan incidentalmente interpretaciones sintéticas generales, no todas felices y ninguna satisfactoria. Falta unificar el génesis y la evolución de todas las instituciones que constituyen nuestra sociedad, señalando las causas que orientan su determinismo histórico, fijando su valor, poniendo en foco las modalidades propias de cada serie de factores, estudiando sus relaciones é influencias recíprocas, para determinar los rasgos característicos de la evolución social argentina desde sus orígenes

hasta nuestro días. Así podrán inducirse enseñanzas científicas acerca de las venideras orientaciones de nuestra vida social, procurando adaptar la acción colectiva al sentido de la evolución misma, para no malgastar esfuerzos sociales y favorecer la evolución natural, buscando la menor resistencia mediante certeras previsiones.

Todo el trabajo necesario para constituir la sociología argentina debe practicarse sobre los materiales históricos enumerados, cuya deficiencia no ha podido escapar á los modernos comentaristas. «La historia argentina no ha sido escrita todavía. El primer período, del descubrimiento, conquista y colonización, ofrece una serie de lagunas y de incertidumbres, cuya aclaración exige labor larga y paciente. La crónica de su primer siglo suele degenerar en candorosa patraña, porque los cronistas, que los posteriores copiaron sin criterio crítico ni de comprobación, eran ignorantes mas veces y apasionados y hasta malevolentes entre sí las otras. Fecha, nombres, lugares, sucesos, todo requiere escrupulosa verificación» (1). En cuanto á los errores históricos que inundan los libros correspondientes al período consecutivo á la revolución de Mayo, basta recordar las pacientes investigaciones de Groussac sobre diversos temas de historia argentina, cuyo resultado es una incesante

(1) Zeballos: en la *Rev. de Derecho, Historia y Letras*.—Año VII, tomo XIX, pág. 617.—Buenos Aires, 1904.

enmienda á los datos de nuestros cronistas más conspicuos, López en primera línea; el distinguido bibliotecario no se limita á escribir con pluma ó lápiz sus propias páginas: acosa con papel de lija y goma de borrar los yerros de las páginas ajenas.

Sin embargo, por insuficientes, no se podrá prescindir de esas fuentes históricas, aunque ellas sólo sirvan para fundar su propia rectificación; sin la historia narrativa no puede elaborarse la síntesis interpretativa. La sociología tiene un «*suelo natural*»—como le llama De La Grasserie (1)—, un substratum sin el cual no podría nutrirse y subsistir; esa «ciencia substratum» es la historia; la sociología dinámica no es más que «historia destilada». Existe una correlación constante entre ambas ciencias: «la solidaridad de la sociología y de la historia es una verdad que debe dominar los estudios sociológicos».

La tarea de reconstruir científicamente la historia argentina no puede ser la obra de un solo estudioso, sino de toda una generación que aporte su tributo al edificio común. Cada ensayo debe fomentar nuevas inducciones críticas: toda obra individual equivale á someter un tema al estudio colectivo.

(1) *Essai d'une Sociologie globale et synthétique*, página 412.—Paris, 1904.

LOS ORIGENES DEL CAUDILLISMO ARGENTINO

Mientras llega la hora de las síntesis sociológicas—formular sus términos es certero indicio de su elaboración inminente—, examinemos la nueva obra de Ayarragaray, «La anarquía argentina y el caudillismo», digna de ocupar sitio honroso entre las pocas similares publicadas en el país. Pueden distinguirse en este libro cinco partes principales: 1.^a Los orígenes del caudillismo. 2.^a Su ambiente. 3.^a Formas y evolución. 4.^a El caudillismo. 5.^a La génesis de los partidos políticos argentinos. La monografía se completa con el estudio «constitucional» del caudillismo, la influencia del mestizaje sobre el alma y las costumbres argentinas, y la acción de la cultura intelectual sobre la evolución política.

Con lógica sencilla y certera, Ayarragaray rastrea el origen de nuestras idiosincrasias políticas en los caracteres fundamentales de la política española y en la misma constitución social de las

colonias. La ley de herencia psicológica, constante en la psiquis individual como en el alma de las naciones, induce á buscar en los progenitores el encubierto estigma que asume en sus hijos caracteres notables y violentos, como si el arroyuelo de la degeneración, silencioso en sus primeros culebros, adquiriese ruidos de caudaloso torrente al despeñarse por las sucesivas cataratas de las generaciones.

El caudillo argentino, al nacer, trae intensificados los vicios de sus antecesores españoles. Ayarragaray encuentra que ambos «son imaginativos y presuntuosos, autoritarios en el poder, al que infunden el despotismo de su carácter, facciosos y levantiscos en la oposición, incapaces de esfuerzos continuados, muelles y de fondo apático, débiles en la acción común, amantes, por el contrario, de la heroicidad episódica, tal como suele reclamarlo su existencia turbulenta, y el concepto caballeresco y trágico del deber cívico. En el incongruente seno de estas ideas se engendró el instinto de la prepotencia personal, como norma para ejercer el poder». La desorganización política de América durante el coloniaje, gravitando secularmente sobre estos pueblos, puso un sello de anarquía á todas sus instituciones embrionarias; cuando sobrevino la eclosión de los gérmenes políticos y sociales, las colonias no pudieron libertarse de las influencias desorganizadoras que mina-

ban su organismo desde la fase primordial. «La sedimentación secular de ideas, de hábitos, de instintos y de aberraciones, depositadas en nuestro suelo por la dominación colonial, fueron la sólida base que sustentó nuestra constitución social y política. Bajo el determinismo de las disposiciones adquiridas y tradicionales, hizo su evolución el espíritu nacional». Antes de ser país autónomo, de poseer constitución política propia, existe ya en nosotros la predisposición á la anarquía política y el espíritu del caudillismo; escrutando la crónica del coloniaje encontramos en larga serie los «ensayos» de rebeliones salpicando la afigente monotonía colonial, preludiando la anarquía consecutiva á la emancipación; esas rebeliones poseen ya los caracteres que más tarde llegan á definirse con claridad. Acaso bastara su examen detenido para determinar el sentido histórico de la anarquía y del caudillismo argentino, pues ellos persistieron con sus tendencias primarias, hasta hacer inútiles las aleaciones subsiguientes de leyes y estatutos. «El caudillismo fué siempre nuestra constitución positiva, y en vano la impostura de los partidos ó la ingenuidad de los teóricos pretendieron cubrir con instituciones importadas las monstruosidades congénitas de nuestra constitución política». Inútil sería, pues, buscar tendencias, ideas, organización ó doctrinas en nuestros partidos políticos primitivos; ellos siguen la im-

pulsión activa de los caudillos, generalmente encarnados en jefes militares de cultura escasa y además violento, «más dispuestos, naturalmente, al motín que á las ocupaciones sedentarias y técnicas que reclama un gobierno regular, porque toda iniciativa ó personalismo intelectual desaparece bajo el cacique político que ejerce el dominio indisputado». Tal situación política, semejante en América y en España, predispone á reacciones análogas toda vez que actúe una misma causa; cuando los acontecimientos sacuden el paso de tradiciones seculares, cuando flaquea y desaparece el principio de autoridad—acá por la independencia y allá por la invasión napoleónica—, la anarquía latente desborda su cauce forzado y se manifiesta en ambos pueblos con caracteres semejantes. El espíritu faccioso y la prepotencia de los caudillos militares hacen fácil presa de los partidos y del poder: los partidos facciosos generan la anarquía, los caudillos autoritarios instauran el sistema caudillista.

De la misma herencia española recibimos la ampulosa grandilocuencia verbal que embriaga á los hombres de la revolución, y en la misma cepa florece el formulismo que enreda hasta los más insignificantes actos públicos: telaraña destinada á cohibir todo vuelo tendido hacia la acción innovadora. Esos vicios de las clases dirigentes coexisten con una profunda ignorancia de la masa

popular, cuyo colosal analfabetismo obsta á la germinación de una política sana ó democrática. La falsa cultura de los unos y la crasa ignorancia de los otros, permitió la importación de instituciones exentas de afinidad con nuestra naturaleza y psicología; ese artificioso injerto fué una de las causas más poderosas del incesante fracaso de nuestras primeras tentativas de organización.

Si tal era la fisonomía política y psicológica de España y sus colonias, no era menos desconsolador su estado económico. España vivía con una actividad industrial rudimentaria; se llegó á considerar el trabajo como tarea vil, despreciándose la industria. Semejante metrópoli no podía ofrecernos elementos de prosperidad económica; se limitó á absorber mucha savia joven de las ricas arterias del nuevo continente, entregando su porvenir á militares y aventureros, antes que á industriales y colonizadores. Como consecuencia de tal sistema la vida económica de las colonias fué primitiva y poco próspera. «Eran las reyertas continuas y las extorsiones sin cuenta de Adelantados, Gobernadores y Capitanes entre sí, ó con los indígenas y los Cabildos, cuando á tales querellas no se aunaban las disputas teológicas y casuísticas, los intereses que dramatizaban la miserable vida pública de los colonos». El fisco colonial tenía la vista clavada en sus intereses particulares, por menudos que fuesen, sacrificándoles sin vacilación